

## Comentario al evangelio del martes, 28 de septiembre de 2010

¿Quién no ha oído esa frase que dice: “tiene más paciencia que el santo Job”, aunque la paciencia no sea la virtud más destacada de Job. Es la historia de un hombre justo profundamente probado y en el que fácilmente podemos vernos reflejados en mayor o menos medida cuando el sufrimiento atraviesa por nuestra historia personal, o en la vida de tantas personas que sufren “injustamente” por diferentes motivos. El sufrimiento del inocente sigue siendo una de las grandes preguntas que tanto creyentes como no creyentes nos hacemos.

Job era una persona que gozaba de la bendición de Dios, pero de repente empieza experimentar una cadena de penalidades: le roban el ganado, mueren sus pastores, apuñalan a sus camellos, y un huracán mata a todos sus hijos e hijas. La respuesta de Job es , en un primer momento, de una profunda fe y confianza en Dios: “El señor me lo dio, el Señor me lo quitó... alabado sea el nombre del Señor”. Pero esto sólo es el comienzo de la historia. Las desgracias seguirán subiendo de tono, hasta el punto de que Job llega a maldecir el día de su nacimiento, deseando la muerte para hacer que el sufrimiento concluya definitivamente.

¿Tiene sentido la vida de un hombre zarandeado por la desgracia? La respuesta a esta inquietud la dará Jesús, aquel que abre la vida humana a la resurrección. El dolor y la muerte son vencidos por la fidelidad del Hijo a la voluntad del Padre. La respuesta de Dios al dolor es la solidaridad y la esperanza de que la vida humana es mucho más que eso, que estamos llamados a la Vida en plenitud desde la resurrección.

Pero la acogida de la vida que nos trae Jesucristo, sólo puede acogerse desde la libertad. Dios respeta nuestra libertad, tal y como nos muestra Jesús en el evangelio de hoy. No quiere imponerse. Nos llama pero desde la libertad de la respuesta.